

Cuadernos de **Relaciones Laborales**

ISSN: 1131-558X

EDICIONES
COMPLUTENSE
http://dx.doi.org/10.5209/rev_CRLA.2016.v34.n1.52700

Lenore, V. (2014). *Indies, Hipsters y Gafapastas. Crónica de una dominación cultural*. Madrid: Capitán Swing Libros.

En este libro, Víctor Lenore hace una radiografía de corte sociológico de una de las subculturas de más reciente aparición en Occidente: los *hipsters*. También conocidos como *indies* o *gafapastas*, esta tribu urbana, de estética entre lo excéntrico y lo formal, lo *vintage* y lo rompedor, y cuyos gustos culturales incluyen el cine de vanguardia, la literatura (tanto clásica como experimental) y la música de más reciente difusión, se ha convertido en la imagen arquetípica de lo que significa ser joven y exitoso hoy en día. Desde los anuncios de Estrella Damm hasta los de la cadena de ropa H&M, pasando por los festivales de música de mayor calado a nivel internacional, los *hipsters* han dejado de ser una subcultura más de cuantas componen la juventud actual para convertirse en un modo de vida patrocinado por las grandes empresas. Para trazar un análisis de esta tesis, así como de sus principales consecuencias a nivel cultural y político, el autor utiliza una combinación de anécdotas y vivencias personales sobre esta subcultura (de la que formó parte de manera activa desde los años noventa) y de fuentes secundarias sobre sus protagonistas más mediáticos. El tema central de la obra, por lo tanto, es demostrar cómo la subcultura *hipster*, bajo su aspecto contracultural y alternativo, no hace más que legitimar los valores de la clase dominante y de la economía neocapitalista. A lo largo de los doce capítulos que lo componen, Lenore analiza los aspectos más destacados de esta subcultura, hilando ejemplos de Estados Unidos y España para apoyar sus tesis. Los temas que desarrolla, a pesar de no estar ordenados de manera secuencial de acuerdo con la progresión de los capítulos, pueden dividirse en tres grandes bloques interrelacionados: el fenómeno *hipster* a nivel individual, a nivel cultural y a nivel político.

A nivel individual (desarrollado principalmente en los capítulos primero, segundo, sexto y noveno), el *hipsterismo*, al igual que cualquier otra subcultura, obedece a las necesidades intrínsecas del individuo de definirse en términos de identidad y estatus. En este aspecto, el *hipster* se caracteriza por un marcado individualismo, que se refleja en el culto que profesa a la independencia personal; ante un mundo tan complejo y cambiante como el posmoderno, el *hipster* encuentra en sí mismo el único bastión en el que puede hallar seguridad. Esta seguridad se logra mediante el consumo de productos estéticos y culturales, que son definidos por la prensa especializada como exclusivos, o de alta calidad, y cuya acumulación conforman el pilar central de la identidad *hipster*. Como si se tratara de una respuesta ante la sociedad líquida en la que vivimos, argumenta Lenore, el *hipster* encuentra en el apego exacerbado a sus preferencias culturales la manera de entenderse como sujeto. No se trata, por lo tanto, de la cantidad de dinero que se gasta en bienes, sino en qué bienes se gasta éste. En este sentido, el acceso ilimitado a material audiovisual a través de Internet y tiendas de ropa como H&M

favorece que el acceso a esta subcultura no se limite únicamente a aquellos con más capacidad adquisitiva. Así, el consumo elitista no es utilizado solo como mecanismo de identificación individual, sino como estrategia de inclusión en una élite internacional cultural; élite, por supuesto, simbólica, en la que la expresión de unos determinados valores y gustos culturales son los elementos que la configuran como tal. Esta pertenencia a una élite cultural otorga cohesión al grupo, que se ve legitimado para despreciar la cultura popular, o de masas, favoreciendo así mecanismos de exclusión de ésta (como, por ejemplo, la reciente proliferación de programas de televisión que caricaturizan a la clase obrera, como Princesas de Barrio o Palabra de Gitano).

A nivel cultural (desarrollado en los capítulos quinto, séptimo, octavo y décimo), lo *hipster* es considerado como tal por una red mediática de publicistas, ejecutivos y creativos pertenecientes a la propia subcultura, de manera que el criterio definitorio de lo *cool* es tan hermético como arbitrario. Sin embargo, y tal como enfatiza Lenore, si hay un rasgo que caracteriza a la cultura *hipster* es, sin duda, su alergia al cambio social. Íntimamente relacionado con el individualismo mencionado más arriba, la cultura *hipster* se encuentra completamente desconectada de la realidad social en la que viven sus actores; el énfasis se hace en la belleza, en lo innovador y en lo abstracto, pero jamás en los conflictos o las desigualdades sociales. El rock alternativo, el epítome de esta subcultura, se caracteriza precisamente por lo absortas que se encuentran sus letras en el universo personal de los miembros de la banda, dejando completamente de lado las reivindicaciones políticas y sociales que habían caracterizado a la música alternativa de las décadas anteriores (*folk*, *punk*, *hip hop*). La música queda desunida de los movimientos sociales en los que habían surgido, cambiando su función reivindicadora por la expresión de unos valores que rallan en el solipsismo. Las fuentes de inspiración tampoco son originales; bien se barnizan las ideas de clásicos olvidados, haciéndolas más vendibles a las nuevas generaciones, bien se utilizan las creaciones de las clases menos favorecidas, más innovadoras estilísticamente, pero a las que se despoja de cualquier elemento que refleje el contexto social en el que surgieron, para incorporarlas así como creaciones propias de los ídolos musicales de la subcultura *hipster*. Se trata, por lo tanto, de un proceso de fabricación de productos culturales dirigidos a promover la idea que tienen los *hipsters* de sí mismos como metaconsumidores por encima de los burdos mecanismos del mercado, accediendo a las creaciones de más alta calidad, y cuyo disfrute les permite alejarse de unas realidades sociales que encuentran tan alejadas como inferiores.

A nivel político (desarrollado en los capítulos tercero y cuarto), y a pesar del aspecto contracultural del que goza, la escena *hipster* ostenta unos valores que son afines a los de la derecha más clásica. Así, se produce una mezcla ideológica entre la tolerancia social, en la que se aboga por los derechos del individuo, sin importar su orientación sexual o su extracción social, de manera que este tipo de aspectos no le impidan labrarse su propio futuro, y el conservadurismo económico, abogando por la desregularización de los mercados y la libertad de las empresas para desarrollarse a sus anchas. Esta actitud, como señala Lenore, se ve claramente representada en el caso de las empresas de Silicon Valley, punta de lanza del progreso tecnológico pero completamente desconectadas de la acción social, y del emporio mediático de *Vice*, revista contracultural de tendencias, noticias y moda en la que se ensalza el uso de las drogas, se promueve una actitud rebelde y

hedonista, y en la que se retrata, mediante sus famosos reportajes en la cadena HBO, los aspectos más sórdidos y absurdos de la vida contemporánea. El resultado es una propuesta de rebelión que no se enfrenta nunca con el sistema imperante, sino que se limita a utilizar determinados productos culturales como meros símbolos de una rebelión que nunca es llevada a cabo. Las estrellas mediáticas *hipster*, además, se encuentran lejos de la rebelión que proponen desde su privilegiada posición: desde el presidente de *Vice* denigrando el movimiento Occupy Wall Street, pasando por Bob Dylan anunciando un coche, o Keith Richards (de los Rolling Stones) apoyando a Tony Blair para participar en la guerra de Iraq. La mayoría de los representantes de la cultura *hipster* están directamente relacionados con compañías multinacionales o con los gobiernos de su país. No hay, por lo tanto, una ruptura con el ideario político de las generaciones anteriores, sino con el imaginario estético; los líderes de esta contracultura son utilizados por el poder imperante para vender una idea de elitismo que solo legitima el orden imperante.

Finalmente, en los dos últimos capítulos, el autor concluye que este tipo de subcultura, al estar desconectada de la realidad social en la que surge, funciona como cómplice del sistema de poder imperante, funcionando como herramienta de distinción y exclusión entre sus miembros, y reclama la necesidad de que la cultura se vuelva un recurso popular para hacer más fácil y divertida la vida cotidiana, y no como un elemento exclusivo de las élites que la producen y la consumen.

En términos generales, esta obra es una buena introducción al fenómeno *hipster*, de fácil lectura por lo corto y ameno de sus capítulos, y en la que las anécdotas del propio autor, que pueblan todo el análisis, funcionan como maneras de acercarse en primera persona a esta realidad. Así mismo, el autor señala con agudeza las paradojas e inconsistencias sobre las que se ha erigido esta subcultura, al tiempo que saca a la luz las implicaciones, a veces demasiado obvias como para darse cuenta de ellas, de lo que un fenómeno tan centrado en el consumo cultural supone para el individuo y la comunidad en la que vive. Por otra parte, Lenore adolece en ciertos temas de un análisis un tanto superficial que le hace saltar a conclusiones no siempre acertadas, momentos en los cuales su clara animadversión por esta subcultura ensombrece el rigor analítico. Valga como ejemplo la calificación del escritor David Foster Wallace como de derechas; a pesar de que su trabajo se caracteriza por su crítica a los valores consumistas, egocéntricos y superficiales de la cultura estadounidense, Lenore utiliza una frase sacada de contexto de un discurso que el autor pronunció en una universidad alertando a los estudiantes sobre los peligros de quedar atrapados por sus creencias personales, aislándoles de las personas de carne y hueso que les rodean, para compararle con Margaret Thatcher y con su famosa declaración sobre que la sociedad no existe.

Indies, Hipsters y Gafapastas. Crónica de una dominación cultural hace plantearse el lector, en definitiva, la diferencia entre “alta” y “baja cultura”, entre lo que es considerado como de la élite y lo popular, y llama a un acercamiento crítico ante un fenómeno que, de manera sutil, ha pasado a formar parte de nuestro ideario de lo que significan el éxito, el individuo y la sociedad.